

chón se embolsaron sus treinta libras de arras, con gran alegría del hostelero, que no cesaba de repetir:

— ¡ Gentes de espada ! Vamos, decididamente, no falta razón á la muestra, por la espada es por lo que hemos de hacer fortuna.

Y se puso á bruñir todas sus cacerolas, mientras llegaba el famoso día 26 de octubre.

VIII.

Silueta de gaseones.

No nos atreveríamos á decir que la señora Fournichón fué absolutamente tan discreta como le había recomendado el extranjero. Por otra parte, sin duda se creía absuelta de toda obligación hacia él, por la ventaja que había dado á maese Fournichón en cuanto á la *Espada del bizarro Caballero*; pero como aun le quedase más que adivinar que lo que se le había dicho, comenzó, para establecer sus suposiciones sobre una base sólida, por averiguar

quién era el caballero desconocido que tan generosamente pagaba la hospitalidad á sus compatriotas. Al efecto, no dejó de interrogar al primer soldado que vió pasar, sobre el nombre del capitán que había pasado la revista.

El soldado, que probablemente era de carácter más discreto que su interlocutora, le preguntó primero antes de responder, con qué motivo le hacía aquella pregunta.

— Porque acaba de salir de aquí, — dijo la señora Fournichón, — porque ha hablado con nosotros, y tiene uno mucho gusto en saber con quién habla.

El soldado se echó á reir.

— El capitán que mandaba la revista no habría entrado en la *Espada del bizarro Caballero*, señora Fournichón, — dijo.

— ¿ Y por qué no ? — preguntó la hostelera; — ¿ es demasiado grande señor para ello ?

— Tal vez.

— Y bien; ¿ si yo dijese á usted que no es por él por lo que ha entrado en la hostería del *bizarro Caballero* ?

— ¿ Entonces por quién ?

— Por sus amigos.

— El capitán que mandaba la revista no alojaría á sus amigos en la *Espada del bizarro Caballero*; respondo de ello.

— ¡ Peste ! ; qué modo de hablar, buen hombre ! ¿ Quién es pues ese caballero que es demasiado grande señor para alojar á sus amigos en la mejor fonda de París ?

— Quiere usted hablar del que mandaba la revista, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— Pues bien; buena mujer, el que mandaba la revista, es pura y simplemente el señor duque Nogaret de Lavalette de Eperón, par de Francia, coronel-general de la infantería del rey, y un tantico más rey que S. M. misma. ¡ Ahora bien ! ; ¿ qué dice usted de eso ?

— Que si es él el que ha venido, me ha hecho honor.

— ¿ Le ha oído usted decir ? ; *parfandious* !

— ¡ Eh ! ; eh ! — hizo la señora Fournichón que no había dejado de oír cosas extraordinarias en su vida, y á quien la palabra *parfandious* no le era enteramente desconocida.

Ahora se puede juzgar si el 26 de octubre era aguardado con impaciencia.

El 25 de octubre por la noche, entró un hombre con un saco bastante pesado que dejó sobre el bufete de Fournichón.

— Es el precio de la comida encargada para mañana, — dijo.

— Á cuánto por cabeza? — preguntaron á una los dos esposos.

— Á seis libras.

— ¿ Conque los compatriotas del capitán no harán aquí más que una sola comida?

— Una sola.

— ¿ Luego les ha hallado el capitán un alojamiento?

— Así parece.

Y el mensajero salió á pesar de las preguntas del *Rosal* y de la *Espada*, y sin querer responder más á ninguna de ellas.

En fin, el tan deseado día lució para las cocinas del *bizarro Caballero*.

Acababan de dar las doce y media en los Agustinos, cuando llegaron á la puerta de la hostería

dos hombres montados, que se apearon de sus caballos y entraron.

Estos jinetes habían venido por la puerta Bussy y eran naturalmente los primeros que llegaban, primero porque venían á caballo, y luego porque la fonda estaba á cien pasos de la puerta Bussy.

Uno de ellos, que por su aire y lujo parecía su jefe, había venido aún con dos lacayos bien montados.

Cada uno mostró su sello con la imagen de Cleopatra, y fué recibido por los dos esposos con toda clase de atenciones, especialmente el joven de los dos lacayos.

Sin embargo, á excepción del último, los recién llegados no se instalaron sino con timidez y cierta inquietud; veíase que alguna cosa grave los preocupaba, con particularidad que llevaban maquinalmente la mano á su bolsillo.

Los unos pidieron que les permitiesen descansar, los otros quisieron recorrer la ciudad antes de comer, el joven de los dos lacayos se informó si no había nada de nuevo que ver en París.

— Á fe mía, — respondió la señora Fournichón, sensible á las buenas trazas del caballero, — si no

teméis al gentío, y no os espantá el permanecer cuatro horas seguidas sobre vuestras piernas, podéis distraeros yendo á ver al señor de Salcedo, un español que ha conspirado.

— ¡ Calla ! — dijo el joven, — es verdad ; he oído hablar de eso, voy allá, pardiez !

Y salió con sus dos lacayos.

Á eso de las dos llegaron por pelotones de cuatro y de cinco unos quince viajeros nuevos.

Algunos de ellos llegaron solos.

Aun había uno que entró como un vecino, sin sombrero, con una varita en la mano. Juraba contra París, en donde son tan audaces los ladrones, que le habían atrapado su sombrero al lado de la plaza de Greve, al atravesar un grupo, y tan diestros que nunca había podido ver quién se lo había cogido.

Por lo demás, era culpa suya, pues no habría debido entrar en París con un sombrero adornado con un broche tan magnífico.

Á eso de las cuatro había ya cuarenta compatriotas del capitán instalados en la fonda de los Fournichón.

— ¿ No es extraño ? — dijo el fondista á su mujer ; — todos son gascones.

— ¿ Qué hallas tú de extraño en eso ? — respondió la mujer ; — ¿ no ha dicho el capitán que eran compatriotas á quienes recibía ?

— ¿ Y qué ?

— Supuesto que él mismo es gascón, sus compatriotas deben ser gascones.

— ¡ Ya caigo ! es verdad, — dijo el fondista.

— ¿ No es de Tolosa el señor de Epernón ?

— Es verdad, es verdad ; ¿ tú sigues en tus trece en que es el señor de Epernón ?

— ¿ No ha soltado tres veces el famoso parfandious ?

— ¿ Ha soltado el famoso parfandious ? — preguntó Fournichón inquieto ; — ¿ qué cosa es ese animal ?

— ¡ Imbécil ! es su juramento favorito.

— ¡ Ah ! ¡ Así es !

— Así no te asombres sino de una cosa, que es de no tener más que cuarenta gascones, cuando debieras tener cuarenta y cinco.

Pero, hacia las cinco, llegaron los cinco restantes, y se halló completo el número de los convidados de la *Espada*.

— Jamás sorpresa igual se había pintado en la

cara de los gascones; por espacio de una hora todo fué: *Sandious, Merdious, Cap de Bioux*; en fin, transportes de gozo tan estrepitosos que les pareció á los esposos Fournichón que toda la Saintonge, todo el Poitou, todo el Aunis, y todo el Languedoc, habían hecho irrupción en su salón.

Algunos se conocían; así, Eustaquio de Miradoux fué á abrazar al caballero de los dos lacayos, y le presentó á Lardilla, Militor y Escipión.

— ¿Y por qué casualidad estás tú en París? — preguntó el caballero.

— Pero, ¿y tú mismo, mi querido Santa Maline?

— Tengo un empleo en el ejército, ¿y tú?

— Yo, vengo por asuntos de una herencia.

— ¡Ah! ¡ah! Veo que no separas nunca de tu lado á la vieja Lardilla.

— Se le ha antojado seguirme.

— ¿No podías venirte secretamente, en lugar de embarazarte con toda esa germanía que trae colgando de sus faldas?

— Imposible, pues fué ella la que abrió la carta del procurador.

— ¡Ah! ¿Has recibido por una carta la noticia de esa herencia? — preguntó Santa Maline.

— Sí, — respondió Miradoux.

Luego apresurándose á variar de conversación:

— ¿No es singular, — dijo, — que esta fonda esté llena, y que lo esté sólo de compatriotas?

— No, no es singular: la muestra es apetitosa para gentes de honor, — interrumpió nuestro antiguo conocido Perdicas de Pincornay, tomando parte en la conversación.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Es usted, compañero? — dijo Santa Maline. — Aun no me ha explicado usted lo que iba á contarme junto á la plaza de Greve, cuando nos separó aquella oleada de gente.

— ¿Y qué iba á explicar á usted? — preguntó Pincornay poniéndose un tanto encarnado.

— Como, entre Angulema y Angers, le he encontrado á usted en el camino, como le veo hoy, á pie, con una vara en la mano, y sin sombrero.

— ¿Y eso le preocupa á usted, caballero?

— Á fe mía que sí, — respondió Santa Maline; — de Poitiers á París hay buen trecho, y usted viene de más allá de Poitiers.

— Venía de San Andrés de Cubsac.

— ¡Vea usted! ¿y así, sin sombrero?

— Es muy sencillo.

— No lo hallo así.

— Sí tal, y va usted á comprenderlo. Mi padre tiene dos magníficos caballos que quiere tanto, que es capaz de desheredarme después de la desgracia que me ha ocurrido.

— ¿Y qué desgracia le ha ocurrido á usted?

— Andaba paseando uno de los dos caballos, el más hermoso, cuando de súbito un tiro de arcabuz parte á diez pasos de mí; mi caballo se espanta, se desboca, y toma la dirección del Dordoña.

— ¿Adónde se lanzó?

— Ni más ni menos.

— ¿Con usted?

— No; por fortuna tuve tiempo para deslizarme á tierra; sin eso me ahogaba con él.

— ¡Ah! ¡ah! ¿conque el pobre animal se ha ahogado?

— ¡Pardiez! Ya conoce usted el Dordoña, un río que tiene media legua de ancho.

— ¿Y entonces?

— Entonces resolví no volver á casa y sustraerme lo más lejos posible de la cólera paterna.

— ¿Pero el sombrero?

— Aguarde usted, ¡qué diablos! Mi sombrero se había caído.

— ¿Como usted?

— ¡Yo! yo no había caído; me había dejado deslizar al suelo; un Pincornay no cae del caballo; los Pincornay son jinetes desde que nacen.

— Es notorio, — dijo Santa Maline; — ¿pero el sombrero?

— ¡Hum! ¡Dale con el sombrero!

— Sí.

— Mi sombrero se había caído; me puse á buscarlo, porque, habiendo yo salido sin dinero, era mi único recurso.

— ¿Y cómo podía el sombrero ser su único recurso? — insistió Santa Maline decidido á apurar á Pincornay.

— ¡Sandious! ¡Y muy grande! Debo decir á usted que la pluma de aquel sombrero estaba sujeta por una presilla de diamantes que S. M. el emperador Carlos V regaló á mi abuelo cuando, á su paso de España para Flandes, se detuvo en nuestra casa de campo.

— ¡Ah, ah! Y usted ha vendido la presilla con el sombrero. Entonces, querido amigo, debe ser

usted el más rico de todos nosotros, y habría debido muy bien, con el dinero de esa presilla, comprarse un segundo guante; porque tiene usted las manos desparejadas; la una es blanca como la de una mujer, y la otra negra como la mano de un negro.

— Aguarde usted; en el momento de volverme para buscar mi sombrero, veo un enorme cuervo que se arroja sobre él.

— ¿Sobre el sombrero de usted?

— Ó más bien sobre mi diamante; ya sabe usted que ese animal arrebató todo lo que brilla; se arroja, pues, sobre mi diamante y me lo lleva.

— ¿El diamante de usted?

— Sí, señor. Yo le seguí primero con la vista, luego, corriendo, grito: ¡Detenedle, detenedle! ¡al ladrón! ¡Mala peste! Al cabo de cinco minutos había desaparecido, y no he vuelto á oír hablar de él.

— De suerte que abrumado por esa doble pérdida...

— No me he atrevido á volver á la casa paterna, y me he decidido á venir á París á buscar fortuna.

— ¡Bueno! dijo un tercero. — ¿Conque el

viento se ha convertido en cuervo? Me parece que he oído á usted contar al señor de Loignac, que, ocupado en leer una carta de su querida, le había llevado el viento carta y sombrero, y que, como verdadero Amadís, había corrido usted tras la carta, dejando ir el sombrero adonde se le antojaba.

— Amigo, — dijo Santa Maline, — tengo el honor de conocer al señor de Aubigné que, aunque soldado muy valiente, maneja bastante bien la pluma; refiérale usted, si lo encuentra, la historia de su sombrero, y él hará de ella un admirable cuento.

Oyéronse algunas risas medio sofocadas.

— ¡Eh, eh! señores, dijo el gascón irritable, — ¿por casualidad se ríen de mí?

Cada uno se volvió para reír á sus anchuras.

Perdicas echó una mirada investigadora alrededor suyo, y vió cerca de la chimenea á un joven que ocultaba su cara entre las manos: creyó que aquel joven obraba así para ocultarse mejor y se dirigió á él.

— ¡Eh, caballero! — dijo, — si os reís, á lo menos reíos á la cara, y que veamos la vuestra.

Y dió una palmada sobre el hombro del joven, el cual levantó una frente grave y serena.

Aquel joven no era otro que nuestro amigo Ernaudón de Carmainges, que estaba aún todo aturrido de la aventura de la Greve.

— Ruego á usted que me deje tranquilo, — le dijo, — y sobre todo, que si usted vuelve á tocarme, que lo haga con la mano del guante; bien ve que no me ocupo de usted.

— Enhorabuena, — dijo entre dientes Pincornay, — si no os ocupáis de mí, nada tengo que deciros.

— ¡ Ah, señor ! — dijo Eustaquio de Miradoux á Carmainges con las intenciones más conciliadoras, — no sois amable con nuestro compatriota.

— ¡ Y de qué diablo se mezcla usted ? — replicó Ernaudón cada vez más irritado.

— Tenéis razón, — dijo Miradoux saludándole, — esto no me importa.

Y volvió los talones para juntarse con Lardilla que estaba sentada en un rincón de la gran chimenea; pero alguno le obstruyó el paso.

Era Militar, con sus dos manos en el cinturón, y su sonrisa socarrona en los labios.

— Diga usted, pues, padrastra, — dijo el pelete.

— ¡ Qué ?

— ¡ Qué dice usted de eso ?

— ¡ De qué ?

— Del modo con que ese caballero le ha metido á usted el resuello en el cuerpo.

— ¡ Heim !

— Le ha dado á usted una buena soba.

— ¡ Ah ! ¡ Conque has observado eso ? — dijo Eustaquio tratando de volver á Militar.

Pero éste frustró la maniobra conversando sobre la izquierda y volviendo á hallarse delante de él.

— No sólo he observado yo, — respondió Militar, — sino todos; vea usted cómo se rien alrededor nuestro.

— Lo cierto es que se reían, pero no más de eso que de cualquier otra cosa.

Eustaquio se puso encendido como una ascua.

— Vamos, vamos, padrastra, no deje usted que se enfríe la cosa, — dijo Militar.

Eustaquio se enderezó sobre sus espolones, y se aproximó á Carmainges.

— Se pretende, caballero, — le dijo, — que habéis querido serme particularmente desagradable.

— ¡ Cuándo ?

— En este momento.

— ¿ Á usted ?

— Á mí.

— ¿ Y quién pretende eso ?

— El señor, — dijo Eustaquio mostrando á Militor.

— Entonces el señor, — respondió Carmainges recalcando irónicamente la calificación, — es un estornino.

— ¡ Oh, oh ! — exclamó Militor furioso.

— Y le aconsejo, continuó Carmainges, — que no venga á dar picotazos sobre mí, si no quiere que yo recuerde los consejos del señor de Loignac.

— El señor de Loignac no ha dicho que yo fuese un estornino, caballero.

— No, ha dicho que era usted un asno, ¿ prefiere usted esto ? Bien poco me importa; si es usted un asno, le cincharé á usted, y si es un estornino, le desplumaré.

— Caballero, — dijo Eustaquio, — es mi hijastro, os suplico que le tratéis mejor por miramiento á mí.

— ¡ Ah ! ¡ Es así como usted me defiende,

padrastro mío ! — exclamó Militor exasperado, — si así es, yo me defenderé mejor solo.

— ¡ Á la escuela estos chiquillos ! — dijo Ernaudón, — ¡ á la escuela !

— ¿ Á la escuela ? — exclamó Militor avanzando con el puño levantado sobre el señor de Carmainges.

— Tengo diez y siete años, ¿ lo oís, caballero ?

— Y yo tengo veinticinco, — dijo Ernaudón ; — y hé ahí por qué voy á corregirte según mereces.

Y cogiéndole por el cuello y el cinturón, le levantó en el aire y le arrojó cual si arrojara un paquete por la ventana del piso bajo á la calle ; y eso mientras Lardilla daba gritos capaces de echar abajo las paredes.

— Ahora, — añadió tranquilamente Ernaudón, — padrastro, madrastra, hijastro, y todas las familias del mundo, las hago jigote si vuelven á incomodarme.

— Á fe mía, — dijo Miradoux, — yo hallo que tiene razón, ¿ por qué azuzar á este caballero ?

— ¡ Ah, cobarde ! ¡ cobarde ! que deja maltratar á su hijo, — gritó Lardilla adelantándose hacia Eustaquio y sacudiendo su desmelenada cabeza.

— Lá, lá, lá, — hijo Eustaquio. — ¡ Calma !
Eso le domará.

— ¡ Pues me gusta ! Díganme ustedes, ¿ así se arrojan aquí hombres por la ventana ? — dijo un oficial entrando. — ¡ Qué diablo ! Cuando uno se entrega á esa clase de chanzas, á lo menos debería gritar : ¡ Allá va eso !

— ¡ El señor de Loignac ! — exclamaron unas veinte voces.

— ¡ El señor de Loignac ! — repitieron los cuarenta y cinco.

Y á este nombre, conocido por toda la Gascuña, todos se levantaron y guardaron silencio.

IX.

El señor de Loignac.

Detrás de Loignac entró á su vez Miltor, molido de su caída y amaratado de cólera.

— Servidar, señores, — dijo Loignac ; — mucho ruido hacemos, á lo que parece. ¡ Ah ! ¡ ah ! Miltor se ha hecho aún el arisco, al parecer, y su nariz se resiente de ello.

— Ya me pagarán mis golpes, — dijo entre dientes mostrando el puño á Carmainges.

— Sirva usted la comida, maese Fournichón, —